

TALLER DE RESTAURACIÓN

PREMIO FRANCISCO DE LA MAZA RESCATE DE LA ANTIGUA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL DE OAXACA

Ana Rodríguez García

Desde hace 33 años, el Instituto Nacional de Antropología e Historia reconoce los proyectos más relevantes de restauración y conservación del patrimonio arquitectónico y urbanístico por medio del Premio Francisco de la Maza. El pasado mes de noviembre de 2018, el premio fue otorgado al Taller de Restauración de la Fundación Alfredo Harp Helú Oaxaca por su trabajo "Rescate y restauración del conjunto de la antigua estación del ferrocarril de Oaxaca" y entregado a su presidenta, la doctora María Isabel Grañén Porrúa, quien además de reconocer la importancia del inmueble, se comprometió con la recuperación y el uso del conjunto; al arquitecto Gerardo Virgilio López Nogales, que con dedicación dirige el Taller en su tarea de conservar el patrimonio del estado; al arquitecto Carlos Vichido Hernández, quien condujo esta intervención y cada uno de sus retos, y a todo el equipo que integra el Taller de Restauración. Se reconoce en este premio la loable participación de cada una de las personas e instituciones que iniciaron la gestión del proyecto, hasta llegar a quienes se sumaron a lo largo de la intervención para poder ver renovado el antiguo conjunto.

Ojalá que los antiguos cascos e inmuebles que han subrayado una época importante en la historia lucieran siempre renovados. De esta forma, la entrañable estación de los oaxaqueños se mostraría a nosotros ostentando la sutileza victoriana de su arquitectura, la maquinaria y los componentes que surcaron valles y montañas del estado trasladando a las multitudes. Sin embargo, este acertado sistema de comunicación duró apenas 122 años desde su inauguración, acentuada en la historia con la llegada del primer tren en el año de 1892. La estación del actual Barrio del Exmarquesado, aquella que había marcado el inicio de los nuevos tiempos y movimientos para Oaxaca, fue transformada e invadida, perdiendo el tild de su diseño y la composición arquitectónica.

El terremoto de 1931 abatió el torreón, y provocó con ello que la cubierta de tejas planas de barro y armaduras también fuera transformada en una cubierta de bóvedas catalanas con rieles que los muros no soportaban, lo cual causó daño en la estructura. En 1952 ocurrió el cambio de las vías angostas y en el 2012 un sismo más. En el transcurrir del tiempo, los vagones pasaron a ser propiedad de nadie y de todos, siendo despojados, rayados e incluso uno de ellos fue quemado. La bodega caía en partes debido al abandono y comenzaba la oxidación

de sus armaduras de diseño del siglo XIX. Finalmente, en 2013, una parte de la barda se cayó hacia una de las avenidas principales que conducen al centro de la Verde Antequera. Se derrumbó como un ente que reclamaba atención.

En ese año de 2013, el Taller puso sobre la mesa la primera de las dos grandes etapas de rescate del conjunto, pronunciadas en favor del esfuerzo que realizaron una incontable cantidad de personas, tal vez desde antes de 1848 cuando Benito Juárez, gobernador del estado en aquellos años, expuso al Congreso la necesidad de comunicar a Oaxaca a través del ferrocarril. La realización del proyecto en sus dos etapas de restauración fue financiado por la Fundación Alfredo Harp Helú Oaxaca, el municipio de Oaxaca de Juárez y el Gobierno federal, a través de los programas Fondo Nacional para la Cultura y las Artes y el Programa de Apoyo a la Infraestructura Cultural de los Estados, pertenecientes a la Secretaría de Cultura.

Fueron más de seis años los que trascurrieron entre la gestión y ejecución del proyecto. La notable recuperación se fincó en una minuciosa investigación fotográfica y de análisis de casos análogos, como el de las estaciones de Ciudad Ixtepec, Guanajuato y Aguascalientes, tan solo para poder reconstruir el torreón y la cubierta del edificio de la estación lo más semejante a como pudo ostentarse en la era del ferrocarril. Entre los trabajos más notables del edificio de la bodega se encuentran la recuperación de la composición y el ritmo de vanos y macizos, así como de la cubierta de armadura de acero, sin olvidarnos de los furgones, componentes del conjunto que también fueron restaurados. Cada detalle, vestigio, color o referencia fue cuidadosamente analizado para lograr una significativa recuperación de los elementos, incluso los antiguos letreros.

Al exterior, las áreas verdes fueron rehabilitadas para ser parte de un espacio en el que participaron directa e indirectamente artistas como el maestro Francisco Toledo a través de sus diseños, o la obra de Rodolfo Morales para recreación de sus nuevos ocupantes, que dan vida y dinamismo al espacio al abrir sus puertas



como una extensión de la Biblioteca Infantil y Juvenil BS, o como el Museo Infantil de Oaxaca, que arropa a la niñez oaxaqueña y rememora su origen a través del Museo del Ferrocarril Mexicano del Sur.

BIBLIOTECA ANDRÉS HENESTROSA

XV ANIVERSARIO

María Isabel Grañén Porrúa

Querido don Andrés:

Si, otra vez soy yo, María Isabel. Escribo esta carta porque hoy me hubiera gustado invitarte a comer y platicarte tantas cosas que han sucedido. Sí, por supuesto tendría listo un buen whisky, no lo olvido, aunque, claro, también podría ofrecerte un mezcal. Quisiera volver a escuchar esas aventuras fabulosas que solías contar con una gracia inigualable, eras un Shezard que nos tenía maravillados cuando nos describías escenas deslumbrantes con imágenes elocuentes y cargadas de poesía. Boquiabiertos ante el mundo zapoteco y huave, nos transportabas después por las calles de la Ciudad de México, a tus encuentros con José Vasconcelos y Antonieta Rivas Mercado, saboreábamos también tus desayunos en el Sanborns del los Azulejos o la deliciosa comida del Istmo que nos describías. Nos hechi-

zabas con tus palabras, eran un canto de humor e ingenio.

Pues bien, don Andrés, hoy celebramos los quince años de la apertura al público de tu biblioteca, el gran tesoro acumulado durante tu vida, ese que te inspiró y se hizo parte de ti. Gracias, Andrés, porque tu decisión fue acertada, tus libros han fortalecido a las nuevas generaciones de poetas, escritores, lingüistas, historiadores y bibliotecarios de Oaxaca. No son páginas cerradas, son veneros que nutren el alma.

Sí, en esta hermosa casa que recorriste con un beso pintado en la mejilla el día de la inauguración, han sucedido eventos increíbles. Todas las semanas tenemos cursos, conferencias, conciertos y exposiciones, nos reúne la palabra, el arte y la cultura, celebramos la poesía, la gráfica, la caricatura, la música, la historia, el pasado y el futuro.

Recuerdo muy bien cómo forjamos aquel sueño, fue un domingo que te pregunté: "¿Qué vas hacer con tu biblioteca?...". Convencido me contestaste: "Quiero donarla al pueblo de México, pero no sé cómo". Entonces respondí: "Confía en mí, don Andrés". Como si en el libro del destino estuviera escrito, aceptaste. Cibeles y tus nietos estuvieron de acuerdo en que la familia Harp Grañén se encargara del asunto. Sin esperar las grandes ayudas que jamás llegaron, nos pusimos a trabajar. Y para lograr el anhelo, supe desde el primer momento quién era la persona indicada para echar a andar los motores. Hablé con Freddy Aguilar y jamás le pregunté, sólo le dije: "Te necesito, urge que hagamos el inventario de la biblioteca de don Andrés Henestrosa. Empecemos por la de su despacho en la calle de Motolinía en el Centro Histórico de la Ciudad de México. La parte más sustanciosa está en su casa, y también tendremos que ir a la de Tlacochahuaya". Freddy se subió en el tren sin pensarlo dos veces, y cada vez que nos veíamos, me contaba de los avances y de una cantidad de anécdotas dignas de la biblioteca de don Andrés. Freddy logró meter más de cuarenta mil

ejemplares en cajas y guardó cientos de historias en su corazón.

Mientras tanto, el ayuntamiento de la ciudad de Oaxaca puso a disposición una bellísima casa ubicada en la esquina de las calles Porfirio Díaz y Morelos, que requería ser restaurada. La Fundación Alfredo Harp Helú asumió el 50% de la inversión y la operación completa del proyecto. En siete meses logramos dejar lista la planta baja, con todo y libreros.

El Servicio Panamericano de Protección se encargó de trasladar gratuitamente las cajas del Distrito Federal a la ciudad de Oaxaca. Un tráiler blindado de treinta toneladas se estacionó frente a la Casa de la Ciudad, la calle de Porfirio Díaz estaba bloqueada al paso por otros dos camiones de seguridad bancaria. Los policías armados bajaron de sus vehículos, la gente pasaba asombrada, preguntaban: "¿Qué pasa?... ¿qué traen?...?", pues algo increíble: libros. Se abrieron las puertas del camión, vimos las 630 cajas flejadas que llenaban el tráiler hasta el tope. El personal del Servicio Panamericano me comentó: "Nosotros acostumbramos transportar valores, billetes y monedas, pero estos libros representan un valor mayor". Así fue, el entusiasmo se contagiaba, era cierto, entendimos tu mensaje, Andrés: "Yo he querido que esta riqueza quede en la ciudad de Oaxaca, a la que pertenece por ser yo nativo de este ilustre estado, que tantos hombres distinguidos ha dado a México, y entre los que se encuentran modelos que quise emular, a sabiendas de que me enfrentaba con enormes dificultades para alcanzarlo. Un sueño, el penúltimo que tengo, que deseo ver realizado".

El anhelo se cumplió justamente el día de tu cumpleaños 97. Organizamos una gran fiesta llena de color y alegría. No sé de dónde salieron tantas paisanas tuyas del Istmo. Como siempre, llegaron bellísimas con sus trajes despampanantes de flores, sus joyas y su boca pintada de grana. Te abrazaban, te besaban y una de ellas dejó la huella de sus labios en tu mejilla, era como un tofeño, caminabas erguido, pleno en medio de un jardín de mujeres hermosas. Recorriste los pasillos satisfecho. Así lo hiciste notar en las palabras inaugurales.

Pues bien, don Andrés, han pasado quince años y tu biblioteca ha sido un lugar de encuentros para la reflexión y el arte en Oaxaca. Seguiremos cuidando de ella en manos de Freddy Aguilar, que ha sabido reproducir muy bien las semillas aquí depositadas y que ahora florecen también en las bibliotecas infantiles de la Fundación Harp. Por ello, este día de celebración, en el que han venido tantas quinceañeras y amigos, es merecedor hacer un reconocimiento a un hombre que ha entregado su vida a los libros, siempre dispuesto a ayudar de la manera más respetuosa a las bibliotecas y a los lectores de los lugares más apartados. Ese ángel guardián y discreto se llama Freddy Aguilar, para quien pido un fuerte aplauso.